



DIOCESE OF ROCKVILLE CENTRE
OFFICE OF THE BISHOP

Pascua 2018

Queridos Amigos,

¡Verdaderamente el Señor ha resucitado! ¡Él ha resucitado!

Hoy hablamos estas palabras que se remontan a los primeros días de la resurrección de Cristo. Después de caminar con Cristo en el camino al Calvario, ahora salimos gozosos como lo hicieron los discípulos en el camino a Emaús con corazones ardiendo dentro de nosotros. Celebramos el momento en que Cristo conquistó la muerte y nos dio la esperanza de una nueva vida.

Incluso, después de casi 2,000 años, ese momento de la Resurrección no ha perdido nada de su poder. Si bien los mitos y las historias eventualmente se desvanecen, celebramos un hecho histórico, una Persona viviente que dejó evidencia perdurable de sus maravillas, evidencia que el mundo aún busca comprender.

Esto es especialmente cierto hoy, cuando nos encontramos en un momento histórico: los arqueólogos han descubierto el sitio de la resurrección de Jesús por primera vez en casi 500 años. Dentro de la Iglesia del Santo Sepulcro, los eruditos han restaurado y llevado a cabo investigaciones sobre la tumba de Jesús, también conocida como el Edículo. Los hallazgos preliminares confirman que el corazón de la estructura es la misma tumba que los cristianos romanos descubrieron y veneraron ya en el 326 d.C.

Estos hallazgos nos ofrecen una gran fuente de confianza en nuestra fe. El progreso científico, en lugar de encontrar evidencia contra lo que creemos, a través de la arqueología misionera nos ha dado una conexión más fuerte con el lugar de la sepultura y resurrección de Cristo. Además, proporciona una imagen poderosa cuando reflexionamos sobre nuestras propias vidas espirituales en esta Pascua.

En sus 2,000 años de historia, la tumba de Cristo ha soportado muchas pruebas. Estaba cubierta por losas de piedra, resistió los terremotos, los incendios y la destrucción de la Iglesia del Santo Sepulcro, y muchos creían que se había perdido. De la misma manera, la vida de Cristo en nuestros corazones puede experimentar altas y bajas: puede cubrirse con nuestras preocupaciones e inquietudes, puede ponerse en peligro en tiempos de duda y confusión, o incluso podemos creer que se ha desvanecido.

Sin embargo, así como los arqueólogos han abierto hoy este sitio sagrado, se nos llama esta Pascua a nuevamente abrir nuestros corazones al poder del amor y la misericordia de Cristo. Estamos llamados a eliminar las barreras de nuestros corazones y permitir que las heridas glorificadas de Cristo toquen nuestras heridas y las de toda la humanidad.

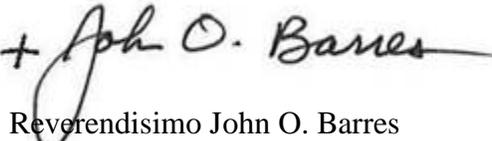
Experimentamos profundamente esta realidad en la Vigilia Pascual. En la oscuridad de la noche y en la oscuridad de nuestras vidas, la luz de Cristo se enciende. Comenzando con el cirio Pascual, esa luz se transmite de persona a persona hasta que la Iglesia se vuelve radiante. La oscuridad en nuestros corazones se disipa, y aún más bellamente, se disipa por la luz que comparten nuestros hermanos y hermanas en la fe. Vemos de una manera profundamente conmovedora que la luz de Cristo se propaga por cada uno de nosotros que lo llevamos con nosotros. En ese momento de unidad y amor, como proclama el Exulte, la Iglesia tiembla de alegría.

La emoción de esa noche no se limita a un día, sino que se extiende a lo largo de la Octava de Pascua. Cada día se nos da otra historia de Cristo Resucitado, otra razón para regocijarse. Somos testigos del dolor de las devotas mujeres en la tumba transformadas en alegría, vemos la desesperación de los discípulos de Cristo transformarse en esperanza, y vemos la duda de Santo Tomás transformarse en fe. Y en el Domingo de la Divina Misericordia, celebramos el regalo de la misericordia de Dios que toca las luchas de nuestras propias vidas y las transforma en oportunidades para crecer en santidad. Ese día celebramos la verdadera fuente de alegría en el Evangelio, las Buenas Nuevas: somos perdonados por nuestros pecados y somos llamados por Dios para luchar por la santidad.

Durante esta época de gozo reconocemos que la presencia del Cristo Resucitado, su toque, sus palabras personales de seguridad cambiaron tangiblemente las vidas de sus seguidores, tal como pueden cambiar nuestras vidas incluso hoy. Aunque Cristo ascendió al cielo, recordamos que aún podemos tener una relación personal con él a través de los dones del Espíritu Santo y la Iglesia que se nos dieron en Pentecostés. Su presencia nunca nos ha abandonado.

De hecho, de manera más poderosa, la presencia de Cristo permanece en la Eucaristía. Si bien la historia nos dice que Cristo vivió hace 2.000 años, sabemos que todavía vive en la actualidad. Él está esperando en nuestras Iglesias para que vayamos a pasar tiempo con Él. Está esperando en nuestros tabernáculos que vayamos a adorarlo. Él está esperando que nos unamos a Él en la Misa cada domingo, donde podemos compartir su sufrimiento, muerte y resurrección como si estuviéramos a su lado aquellos muchos años atrás.

Esta Semana Santa nos desafía a permitir que Cristo cambie nuestras vidas con su toque sanador que da fe, esperanza y amor. Nos comprometemos a una fidelidad radical a la Misa dominical, donde Cristo puede entrar en nuestros corazones y comenzar a transformarlos. Y transformados, nuestros corazones arderán dentro de nosotros, llevándonos a todos a difundir la luz de Cristo y provocar un *dramático crecimiento misionero* aquí en la Diócesis de Rockville y más allá.



Reverendísimo John O. Barres
Obispo de Rockville Centre